

# El duelo, entre la falta y la pérdida



PATRICIA LEÓN-LÓPEZ\*

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, APJL, París, Francia

## El duelo, entre la falta y la pérdida

### Resumen

La imposibilidad de la sustitución de un objeto por otro surge por la existencia de un resto, efecto de la alteridad y singularidad del otro. Reconocer la distancia entre *falta* y *pérdida* permite entender esa irreductibilidad. La *falta* es el fundamento del sujeto y solo toma consistencia con la *pérdida* y su consentimiento, experiencia que es del orden de lo femenino. Lo femenino también se presenta en el exceso que aparece en el duelo, al ser aquello que escapa al discurso. En este artículo se analizan, además, las consecuencias en la clínica psicoanalítica de la postura que se tome frente al duelo.

**Palabras clave:** falta, pérdida, castración, duelo, femenino, clínica psicoanalítica.

## Le deuil, entre le manque et la perte

### Résumé

C'est l'existence d'un reste qui constitue l'impossibilité de substituer un objet par un autre. Ce reste est effet de l'altérité et de la singularité de l'autre. Comprendre cette irréductibilité n'est possible qu'à partir de la reconnaissance de la distance entre la faute et le manque. Le manque est le fondement du sujet; elle ne prend consistance qu'avec l'expérience de la perte et son consentement, expérience qui est de l'ordre du féminin. Le féminin apparaît aussi dans l'excès qui se présente dans le deuil, du fait d'être ce qui échappe au discours. Les conséquences dans la clinique psychanalytique de la position qu'on adopte face au deuil sont analysées.

**Mots-clés:** manque, perte, castration, deuil, , féminin, clinique psychanalytique.

## Mourning, between lack and loss

### Abstract

The impossibility of substituting one object for another arises due to the existence of a remainder, which is the effect of alterity and of the singularity of the other. Understanding the difference between lack and loss makes it possible to understand this irreducibility. Lack is the fundament of the subject and it only takes shape with loss and consent, an experience that belongs to the order of the feminine. The feminine also appears in the excess that is characteristic of mourning, as that which escapes discourse. The article also analyzes the consequences for clinical psychoanalysis of the position assumed regarding mourning.

**Keywords:** lack, loss, castration, mourning, feminine, psychoanalytical clinic.

\* e-mail: patricia.leon@wanadoo.fr

S iempre difícil tratar estos temas que tocan tan profundamente lo más doloroso de la experiencia humana, pues la teoría frente a estas cosas puede parecer, si no impudica, al menos trivial. Sin embargo, creo que es un tema fundamental a trabajar por los psicoanalistas, para pensar qué psicoanálisis transmitimos y desde qué lugar operamos en la cura analítica. Freud dedicó uno de sus principales trabajos analíticos a esclarecer los límites entre el duelo y la melancolía, es decir, entre la reacción normal del hombre frente a la pérdida de un ser amado, de un ideal o de un proyecto, y la reacción patológica, desmedida o incluso delirante frente a dicha pérdida.

El psicoanálisis en sí es una experiencia en la que se atraviesan diferentes duelos, hay un entrecruzamiento, una superposición entre los duelos que se nos imponen a lo largo de la vida y esos que se ordenan en la experiencia de la cura psicoanalítica. De manera simplista diré que, por ejemplo, en una cura cuya orientación sea lacaniana, la lógica misma de esa orientación propone el duelo de la verdad como objeto, el duelo de los ideales de normalidad y felicidad, el duelo del ideal de la relación sexual, de la posibilidad de completarse con el Otro y, particularmente, el duelo que implica la separación con el analista. En cuanto a este último duelo diremos que si el análisis llega a su término, la separación con el analista será el punto donde se desanudará, donde se resolverá ese trabajo de emancipación del sujeto en relación con el Otro que propone el psicoanálisis, y que exige que en la relación con el deseo cada quien deba confrontarse a esa zona donde el desamparo y la falla del Otro son el límite exterior, la condición mínima para asumir la existencia en la complejidad que le es propia, en la no correspondencia entre la vida y la ley, en la soledad estructural que impide que el sujeto pueda responder a la pregunta sobre su ser —¿quién soy?— a partir de cualquier forma de identificación.

De la manera como en cada cura se resuelve esta separación con el analista, lo que llamamos resolución de la transferencia —y no aniquilamiento de la transferencia—, dependerá el posicionamiento y la emergencia en el analizante de un deseo nuevo, que llamamos deseo del analista.

## EL TRABAJO DEL DUELO

Recordemos los principios que expone Freud en su texto “Duelo y melancolía”<sup>1</sup> sobre el trabajo de duelo. Para comenzar, Freud nos dice que el duelo es la reacción de un sujeto a la pérdida de una persona amada, de una idea o, como lo he dicho más arriba, de un proyecto cuyo valor y significación son importantes para el sujeto. El principio de realidad ha mostrado al sujeto que el objeto está perdido y que es necesario retirar la libido de este objeto. A través de una serie de combates particulares, de combates que exigen una gran pérdida de tiempo y energía, el sujeto deberá entonces deshacer, disolver cada recuerdo, cada esperanza a través de la cual la libido estaba ligada al objeto. Para Freud el trabajo del duelo es un trabajo de desapego de las marcas distintivas en virtud de las cuales el objeto perdido estaba integrado a la subjetividad. Por lo demás, nos dice Freud, esos rasgos conferidos al objeto de amor son privilegios narcisistas. Una vez que este trabajo largo y difícil se concluye, el objeto puede ser sustituido, la movilidad completa de la libido es recuperada y el yo se muestra de nuevo libre y desinhibido.

Michael Turnheim, en su libro *L'Autre dans le même*, a partir de una carta de Freud dirigida a Binswanger, quien acababa de perder a uno de sus hijos, carta fechada en 1929, introduce la hipótesis según la cual Freud mismo habría puesto en cuestión la idea de que el trabajo del duelo pueda resolverse por la vía de la sustitución del objeto perdido. Me permito citar estas líneas de Freud, pues son irreemplazables para ilustrar la posición de Freud. Escribe así a su amigo:

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va amino-rándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué llenar adecuadamente el hueco, pues aun en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar.<sup>2</sup>

Para Michael Turnheim esta nota de Freud indica que nada puede sustituir de manera radical a la pérdida de la persona amada, porque más allá de cualquier característica o rasgo particular del sujeto, la alteridad del otro, el encuentro con el otro está marcado no solamente por lo irreductible de su presencia, de su ser vivo, sino por la gratuidad de la contingencia del encuentro. Lo real de la presencia, lo contingente del encuentro que se juega en cada historia humana no puede asimilarse o reducirse, gracias al trabajo de duelo, a una superposición, a una sustitución del objeto. No se puede hacer el duelo completo de una relación que nos incluye en tanto alteridad. Ni siquiera en la psicosis, donde podemos observar a veces que el sujeto cambia de



1. Sigmund Freud, “Duelo y melancolía” (1917 [1915]), en *Obras completas*, vol. xiv (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).
2. Sigmund Freud, “Carta a Binswanger”, en *Freud: Epistolario 1873-1939* (Barcelona: Plaza & Janés, 1972), 339.

objeto de manera radical, que se impone rupturas y proyectos sin ningún anclaje, en virtud de lo cual podría pensarse la posibilidad de sustitución de un objeto por otro en una operación sin resto. La radicalidad con la que se realiza esta sustitución en la psicosis es la única solución que encuentra el sujeto para dialectizar su relación con el deseo, ya que en la psicosis la relación con el objeto no puede dialectizarse, pues hay congelamiento del deseo, muerte del deseo, y entonces el sujeto busca romper esta inercia con la expulsión o la introyección del objeto. Pero no perdamos nuestro hilo conductor. La hipótesis de Turnheim es que la alteridad del otro como tal hace imposible un trabajo de duelo sin resto: esa alteridad hace emerger la dimensión ineluctable de la pérdida.

La alteridad del otro en su singularidad es entonces el punto irreductible del duelo, un más allá del duelo que implica el consentimiento de la pérdida. En fin, a partir de esta idea Freud introduce un bemol en su teoría, no solamente en relación con la capacidad del sujeto de sustituir un objeto por otro, sino también en relación con el hecho de que tal sustitución pueda realizarse de manera completa, absoluta, sin resto. La sustitución del objeto no logrará jamás hacer olvidar la alteridad, la cual es la causa del deseo, causa inolvidable, por lo demás<sup>3</sup>.

### FALTA O PÉRDIDA

Ahora bien, creo que el punto introducido por esta carta y por el análisis que hace Turnheim, puede leerse a la luz de Lacan como la distancia entre eso que es del orden de la falta y eso que es del orden de la pérdida. Podríamos decir que la idea de un trabajo de duelo terminado, asumido, corresponde a una especie de asunción de la castración. La castración, recordemos, se inscribe en el orden de lo fálico. Por el contrario, la idea de un duelo que deja siempre como saldo algo en el orden de la aceptación de la pérdida, del consentimiento de la experiencia radical de la pérdida, implica un más allá de la castración. Se trataría de una experiencia en el orden de lo femenino, es decir, de algo que escapa al Uno, a la totalidad, que no puede ser reducido a ningún significante, ni inscrito en ningún saber. Algo que, sin embargo, lejos de mortificar al sujeto vivifica la pulsión. Lo femenino es lo Otro en tanto alteridad radical.

Insistimos un poco sobre esta diferencia entre falta y pérdida. En el diccionario hablar de falta implica necesariamente situarse en relación con una ausencia, algo que no se encuentra en el lugar esperado. El vacío de un libro en la biblioteca permite deducir que falta un libro en ese lugar. Por el contrario, la pérdida implica que no hay referencia, que hay un campo abierto, que algo se escapa y no puede ser aprehendido.

3. Véase Michael Turnheim, *L'autre dans le même* (Paris: Editions du Champs Lacanien, 2002).

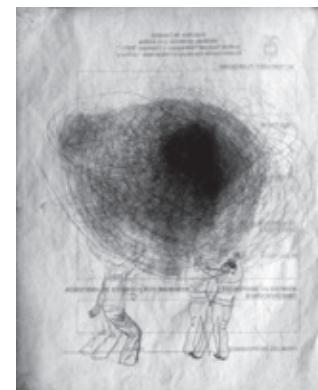
En la pérdida hay una especie de continuidad al tiempo que hay ruptura, hay algo que no puede ser nombrado, que se diluye frente a cualquier tentativa de ser abordado.

En el orden de la falta es muy simple situar la castración, en tanto herida narcisista que la amenaza y la frustración imaginaria encarnan en primer lugar. Las formas que el sujeto encuentra para hacer frente a esta amenaza se esbozan en todas las luchas de prestigio, en todo el esfuerzo para hacer del poder el correlato de su rechazo de la castración, pero también en toda forma de denuncia del orden del mundo que no implique para el sujeto un posicionamiento, una subversión capaz de apostar por otra lógica colectiva. Toda la lucha del hombre por la prestancia y el poder no es otra cosa que la necesidad de recubrir, a través de una imaginarización de la castración, la pérdida estructural con la cual ha pagado su humanización, su entrada en el lenguaje. La gran pregunta es: ¿cómo el sujeto puede aspirar a otra cosa que no sea encubrir una castración que de todas maneras él ya ha padecido? Pues él ha pagado la entrada en el lenguaje con esta pérdida inaugural del goce, con esta separación traumática entre su ser de viviente y su ser hablante.

La diferencia entre entender el duelo en el orden de la falta y en el orden de la pérdida se juega en esta encrucijada, en esta posibilidad de leer un más allá del duelo, un más allá de la separación con el objeto, del duelo de los rasgos distintivos que daban su identidad al objeto amado, en fin, un más allá de la castración.

Situemos la pregunta de otra manera. Pensar el duelo del objeto amado solo en función de la falta implica una cierta acomodación a eso que el gran Otro nombra para el sujeto como su pérdida, lo que equivale a decir que el Otro sabe lo que el sujeto ha perdido, nombra lo que ha perdido, lo delimita, lo encierra y lo valora dentro de un sistema de equivalencias fálicas que eleva o degrada el objeto de su amor.

Toda la diferencia entre el psicoanálisis y la psicoterapia está aquí, porque el psicoanálisis no cierra el espacio de eso que no termina nunca de perderse y que es el inconsciente en sí mismo. Para el psicoanálisis la falta es en cierto sentido el fundamento del sujeto, pero esta falta no toma consistencia sino gracias a la experiencia de la pérdida, que es un más allá. La dimensión de la pérdida es otra cosa: la pérdida es eso que causa al sujeto, la pérdida anticipa el sujeto que recorre de nuevo el trayecto para llegar a su realización en tanto castración. Recordemos además que Freud en su texto sobre el duelo y la melancolía acentúa el hecho de que en esta última el sujeto no sabe lo que pierde y que es esto lo que en parte hace imposible su duelo. En esta manera de considerar lo imposible del duelo del lado de lo irreducible de la alteridad del otro, se abre un espacio para comprender la posibilidad de anudar pulsión de vida y pulsión de muerte.



¿A qué psicoanálisis apostamos? Pues una cosa es que el sujeto en análisis pueda sacar las consecuencias de su separación del Otro consintiendo en devenir el resto de ese orden que él ha introducido, y otra muy distinta es que, por no poder aceptar la dimensión de la singularidad de la pérdida, busque recuperarla para nombrarla dentro de un cierto registro que la reduce y la enmarca. E, incluso, en términos de la comunidad analítica, preguntaría: ¿queremos hacer lazo con el otro en términos de una comunidad de duelo, a partir de esa extraña complicidad que se crea por los duelos comunes que trazan la historia de los conflictos y de las separaciones institucionales, o podemos aceptar eso que de la experiencia de cada uno es nuevo para el otro, eso que implica un salto en el vacío, dejar aparecer eso del orden de lo irrepresentable en la experiencia humana?

Voy a intentar desarrollar esta relación entre lo imposible del duelo sin resto, la necesidad de ese más allá de la castración que implica el consentimiento de la pérdida y la experiencia de lo femenino. Cuando hablo de lo femenino, no me refiero a las mujeres en su condición anatómica, lo femenino concierne a una posición subjetiva que puede ser tomada por hombres o mujeres; es una apertura a algo que va más allá de la aceptación simbólica de la castración y de la experiencia real de la privación: es una experiencia de desposesión que permite un atravesamiento de las fronteras yoicas, y que Lacan nombra en algunas ocasiones como experiencia de abolición subjetiva.

### EL DUELO Y LO FEMENINO

Para ilustrar la complejidad de la cuestión hablaré de una obra de Nicole Loraux, *Las madres en duelo*<sup>4</sup>. Este libro comienza con la evocación de una escena de teatro: una actuación de *Ricardo III*, de Shakespeare. La escena tiene lugar en Londres, ante el palacio se encuentran tres mujeres, tres madres sentadas en el suelo, una al lado de la otra. Las tres proclaman lamentos, cada una ha perdido a su hijo. ¿No podría la tierra transformarse en tumba? Nicole Loraux explica que la fuerza única e innegable de esta escena reside en el hecho de que entre estas madres en duelo se deja traslucir una terrible complicidad, mejor aún —es la palabra utilizada por una de ellas—, que entre ellas hay una sociedad. La madre ha dado a luz el duelo, la madre da la vida y a partir de ese momento su dolor es general, es un dolor que contiene todos los duelos en él. En esta condición de la mujer-madre se anudan la vida y la muerte en su dimensión más humilde pero también más humana, el parto y el entierro, dos momentos en los que su presencia, su dolor, su función, dan cuenta de cierta trascendencia de lo humano que no puede encerrarse en ningún saber.

4. Nicole Loraux, *Les mères en deuil* (Paris: Editions du Seuil, 1990).

En cuanto a Shakespeare, estas madres lloran, además del cuerpo de sus hijos, su poder destruido, su dinastía anulada. El impacto de esta escena, nos dice Nicole Loraux, ha despertado en ella el deseo de entender lo que hace del duelo de las madres en el mundo griego un problema político. La autora parte de un hecho simple: la historia nos enseña que un *pathos*, una pasión demasiado fuerte para la vida de los ciudadanos, significa un peligro para la vida política. Siguiendo este principio se entiende por qué la colectividad organiza el *pathos* del duelo a través de ritos, por medio de un aparato de leyes y de reglamentaciones. Se prescriben ritos para poner límites a la emoción. Así, en la Grecia antigua, el lugar asignado en la ciudad a las madres que están en duelo es el de la ausencia. Además, cosa que es muy interesante, la autora subraya que es precisamente en el régimen de la democracia que las mujeres son más distanciadas de lo político y, en consecuencia, de los funerales de sus hijos. Dice: "El hecho de que el duelo sea percibido como característico de la esencia femenina, hace que se quiera ponerlo a distancia a través de la asignación a las mujeres, y sobre todo a las madres, de un lugar supremamente reducido"<sup>5</sup>. Lo ideal sería encerrar herméticamente el dolor femenino en el interior de la casa. En realidad, vigilar el duelo es sobre todo ocuparse de las mujeres. Las prescripciones que marcan esta delimitación de las manifestaciones del duelo femenino en la ciudad griega son suficientemente demostrativas e incluyen, por ejemplo, la vestimenta de las mujeres durante el entierro. Los trajes que ellas visten solo pueden tener color gris o marrón, es decir, una mezcla entre el negro y el blanco. El negro y el blanco, es decir, los colores del duelo, les son prohibidos, como si ellas mismas, por su feminidad, encarnaran ese exceso que los rituales buscan modular. No es el caso para los hombres ni para los niños. Por otra parte, el vestido de las mujeres tampoco debe ser ensuciado. Es así como los gestos de las lloronas les son prohibidos. En fin, el exceso que se debe prevenir es, por definición, femenino, al punto que la ley otorga un mes más de duelo para las mujeres en relación con los hombres.

Me detengo aquí, pero hay muchos más detalles que esta autora ha podido extraer para demostrarnos el lazo entre el aparato político e institucional de contención del duelo y la expresión de lo femenino. Hay algo en el duelo que excede la forma atenuada y civilizada de las instituciones: lo femenino, el acceso a lo femenino implica, como lo anota Lacan, el acceso a eso que huye, que escapa al discurso. Es en este sentido que toma todo su interés la interpretación de Nicole Loraux sobre la representación del duelo de las mujeres en el teatro; eso que es ocultado en la vida de la ciudad es, por otro lado, representado en el teatro. El teatro permite franquear impunemente, sin peligro de subversión para las leyes de la ciudad, la barrera, el espacio peligroso que confina el duelo en su relación íntima con la experiencia del



5. Ibíd., 28. La traducción es mía.

deseo, con ese límite radicalmente problemático en el que se sitúa para cada hombre su relación con el deseo.

La brecha entre el lugar del duelo de las mujeres en la realidad de la ciudad y su lugar en el teatro no se revela en su sentido pleno sino a partir de la elucidación de ese punto del duelo que concierne al nudo inextricable de toda pérdida, nudo entre el dolor y la cólera, entre el amor y el odio, entre el poder de destrucción y la culpabilidad. Nudo que, por lo demás, se cristaliza ejemplarmente en el remordimiento, en ese límite insonable de toda pérdida que, nos dice Nicole Loraux, la madre encarna de manera paradigmática. La madre sería el paradigma más dramático de la ambivalencia inherente al duelo, en ella dar la vida y destruirla son actos unidos.

La madre lloraría en su hijo perdido al mismo tiempo la pérdida y el acto; acto que en la tragedia es representado cruel y poéticamente por la madre que mata a su hijo. Emblema sin igual de la feminidad que sugiere “que en el duelo de una mujer siempre el remordimiento es más grande que la cólera o el sufrimiento”<sup>6</sup>. La configuración trágica deja entonces traslucir la profunda ambivalencia inherente a todo duelo, es como si la moral de la historia dijera que detrás del dolor de toda pérdida se esconde, al mismo tiempo que se llora, la culpa por eso que se ha perdido.

Sin duda se trata de un límite insonable, peligroso. Voy a evocar una nota clínica que permite ilustrar la complejidad de lo que quiero decir. Una madre que ha perdido a su hijo a causa de un suicidio, decía que lo que para ella era terriblemente perturbador, más allá del dolor de la pérdida, era el hecho de que en el certificado de defunción de la muerte de su hijo aparecía como hora de su fallecimiento las 12:30. Esta hora excede en algunos minutos el momento en que ella lo descubre en su cama y comienza a gritar horrorizada de dolor. La pregunta para ella, pregunta escabrosa y dolorosa, es si su hijo no murió bajo sus gritos. Ella no puede saberlo, pero ese grito significa para ella que ni siquiera en ese último instante ella pudo ser lo que hubiese querido para él. Ese grito entre la vida y la muerte cristaliza ese límite del remordimiento frente al objeto de amor perdido en su más dramática expresión, es el punto real más allá del cual no queda sino la radicalidad de la pérdida en eso que esta puede encerrar de irrepresentable, de indecible para cualquier ser. Ese grito presentifica ese límite más allá del cual un sujeto realiza la imposibilidad del duelo absoluto.

Es posible ir aún más lejos y decir que, bajo el remordimiento, hay una especie de opacidad para el sujeto que esconde la ambivalencia frente al objeto, y que concierne al valor dado al objeto: si este objeto ha llegado incluso al punto de autodestruirse, ¿valía realmente la pena haber tenido tantos cuidados para con él?: “no valía la pena desviarme por él de mi verdadero deseo”<sup>7</sup>.

6. Ibíd., 84.

7. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 8. La transferencia (1960-1961)* (Buenos Aires: Paidós, 2003), 439.

Freud nos había trazado la vía cuando, a propósito de las oscilaciones del amor, nos indicaba que en el duelo normal la pulsión que el sujeto devuelve contra sí, bien podría ser la pulsión agresiva hacia el objeto. La dialéctica del sujeto con el objeto de su deseo no aparece nunca mejor que en el duelo. Y es aquí donde se sitúa el Eros del analista.

### EL EROS DEL ANALISTA

En fin, creo que las consecuencias que pueden sacarse de estas dos maneras de concebir el duelo son fundamentales para la clínica y para la idea que podamos hacernos de la relación con la teoría analítica e, incluso, con la institución analítica. Si creemos que, en la relación con el objeto, la condición del duelo es la desidealización del objeto, es decir, la caída de todos los ideales que sostenían nuestra relación con él, no podemos sostener la misma clínica que si creemos que, más allá de la caída de la idealización del objeto, de lo que se trata es de tocar ese punto irreducible de la particularidad del sujeto, de su alteridad.

En el seminario sobre la transferencia Lacan dice lo siguiente:

Lo que Sócrates sabe, y que el analista debe entrever, es que con respecto a *a* la cuestión es muy distinta de la del acceso a ningún ideal. El amor solo puede rodear esta isla, este campo del ser. Y el analista, por su parte, solo puede pensar que cualquier objeto puede rellenarlo. He aquí a donde nosotros, analistas, nos vemos conducidos a oscilar, en ese límite en el que, con cualquier objeto, una vez que ha entrado en el campo del deseo, se plantea la cuestión —¿qué eres tú? No hay objeto que valga más que otro— éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista.<sup>8</sup>

Si concebimos el hecho de que un objeto no tiene más valor que otro del lado de la posibilidad de sustituirlo, es decir, de reemplazar un objeto por otro, un analizante en lugar de otro, no estamos en el mismo lugar que si interpretamos esta igualdad de valor en el sentido de una experiencia única, irreductible e irrepetible que hace que no solo cada paciente, sino cada cura, sean una renovación de la teoría y la práctica analítica. En el segundo caso la separación con respecto al analizante concierne al deseo del analista y a su relación con la causa.



8. Ibíd., 439-440.

## BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. "Duelo y melancolía" (1917 [1915]). En *Obras completas*, vol. xiv. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- FREUD, SIGMUND. *Epistolario 1873-1939*. Barcelona: Plaza & Janés, 1972.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 8. La transferencia (1960-1961)*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- LORAUX, NICOLE. *Les mères en deuil*. Paris: Editions du Seuil, 1990.
- TURNHEIM, MICHEL. *L'autre dans le même*. Paris: Editions du Champs Lacanien, 2002.